

Patricia Andrea Dosio*

⇒ El monumento a Garibaldi en Buenos Aires (1882-1904)

Resumen: El monumento a Garibaldi en Buenos Aires fue inaugurado en la actual plaza Italia (1904). La iniciativa surgió de la comunidad italiana después de la muerte del general, apoyada por grupos de poder vinculados a la clase hegemónica. En este artículo estudiamos el proceso por el cual grupos sociales y políticos usaron al monumento como instrumento para expresar sus intereses culturales y políticos.

Palabras clave: Monumentos; Italianos; Argentina; Siglo XIX.

Abstract: The monument to Garibaldi in Buenos Aires was inaugurated in actual Plaza Italia (1904). The idea arose from the Italian community after his death (1882). It was also supported by groups belonging to the leading class. This paper studies the process in which political and social groups have tried to find by means of this statue an instrument to express their cultural and political interests.

Keywords: Monuments; Italians; Argentina; 19th Century.

Durante la segunda mitad del XIX proliferaron en Buenos Aires los proyectos de monumentos con fines estéticos y conmemorativos. La *estatuomanía* definida para el caso europeo (Aguilhon 1979: 94) llegó también a los programas culturales rioplatenses. Esta proliferación formaba parte del conjunto de referentes materiales destinados a la conformación de la nacionalidad, factor esencial para la cohesión social interior y la afirmación de la soberanía nacional (Bertoni 1992: 78), en especial en la capital de la República, Buenos Aires, convertida en el principal escenario cosmopolita por la creciente afluencia inmigratoria de diversos orígenes lingüísticos y culturales. En ese contexto, la colectividad italiana fue la más numerosa. Pero no sólo su número, sino también su organización institucional así como las pretensiones políticas de sectores peninsulares generaron desconfianza en la clase dirigente local, al ser interpretadas como intenciones colonialistas que podían hacer peligrar la integridad de la nación. En este marco, la idea de dedicar un monumento a Giuseppe Garibaldi generó debates desde el surgimiento de la iniciativa hasta su inauguración.

* Patricia Andrea Dosio es egresada con diploma de honor de Licenciatura en Artes de la Universidad de Buenos Aires, Argentina Realizó estudios de posgrado en Educación en FLACSO, y ha sido beneficiada con una beca del Georg-Eckert-Institut für Internationale Schulbuchforschung, Alemania. Se ha desempeñado como docente en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Tres de Febrero y en la Universidad de Palermo, Buenos Aires. Ha publicado numerosos estudios e investigaciones sobre arte argentino en los siglos XIX y XX.

En América Latina y durante el período acotado, los proyectos de monumentos articulados con el proceso de consolidación nacional proclamaban una memoria única, oficial y homogénea propia del pensamiento político de la época. Los sectores ilustrados desplegaron una vasta red de dispositivos culturales a fin de arraigar sentimientos patrióticos e incidir en la memoria colectiva. En estos artefactos –narrativas, monumentos, imágenes–, construcciones históricas que promueven nuevas representaciones sociales y educativas (Carretero/Rosa/González 2006), se sedimentan diferentes usos y significados culturales (San Martín 1999). Sabemos que, como sostienen estudios recientes (Jelin 2002 y 2003; Achugar 2003; Young 2000), en cada proyecto conmemorativo intervienen otras memorias. El monumento se convierte en escenario de enfrentamiento de distintos sentidos que no se mantienen invariables en el tiempo, sino que se resignifican frente a distintas subjetividades, a diversas coyunturas económicas y políticas; esos sentidos son asimismo sometidos a otras apropiaciones y silencios. Percibidos los monumentos como discursos en piedra o metal que se erigen en un sitio de conflicto cultural más que de valores e ideales compartidos (Young 2000: 93), e intervienen también intencionalidades políticas y grupos que responden a un *deber de memoria*, una participación ritualizada. Achugar entiende el monumento como campo de batalla donde distintas memorias pugnan por el poder, por la construcción de su propio proyecto; estas memorias son las maneras en que los sujetos elaboran un sentido del pasado y su relación con el presente. Y el espacio de emplazamiento como lugar físico es además vehículo de sentidos en pugna por los hechos que en él han tenido lugar debido a distintos actores sociales y prácticas que intentan transformar su uso o borrar marcas identificatorias que evidencien su pasado. La estrecha vinculación que se establece entre la obra y el espacio urbano que la contiene desde el mismo momento de su inauguración crea entre ambos un fuerte lazo generador a su vez de nuevos significados. El aparato estatal para garantizar la eficacia y operatividad de los dispositivos identitarios lleva a cabo una recuperación voluntaria de residuos del pasado como materia prima para formular estrategias de construcción simbólica, esto es, la *tradicción inventada* propuesta por Hobsbawm y el concepto de *tradicción selectiva* de Williams.

Con la llegada de Roca al poder se escribió una historia argentina signada por una dicotomía entre el pasado oscuro y anárquico y el presente de orden y modernidad. Sin vínculos con el ayer, la administración roquista se presentaba como una organización completamente nueva y moderna. Esta narración de la historia argentina respondía a la imperiosa necesidad de investir al nuevo presidente de la legitimidad que las elecciones no alcanzaban a darle luego de años de indiferencia a las leyes, a la Constitución y a las autoridades (Alonso 1997: 59). Por añadidura, la vieja clase política fue siendo desplazada por el flamante gobierno, más apático al contacto popular y encaminado hacia una creciente autonomía. Al reacomodamiento social y político se sumaron las tensiones provocadas por el componente extranjero que parecía destinado a socavar la sociedad en términos de identidad cultural y nacional.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, sostenemos que la propuesta de erigir una estatua a Garibaldi por parte de la comunidad italiana trascendió la intención primera de homenajear al prócer. Al hablar de comunidad, colonia o colectividad entendemos la élite dirigente que desde los tiempos de la inmigración temprana pretendió representar a la comunidad toda de los italianos en Buenos Aires, imponiendo su orientación ideológica que, a mediados del siglo, fue afín a los grupos de poder loca-

les.¹ La erección del monumento parecía responder a una estrategia de afirmación de la propia nacionalidad italiana en territorio argentino. De este modo, sectores republicanos de la comunidad continuarían el pensamiento inaugurado con el monumento a Mazzini.

Es ocioso aclarar que las élites políticas se dan rápidamente cuenta de que el dispositivo simbólico constituye un instrumento eficaz para influir y orientar la sensibilidad colectiva (Baczko 1991: 44). La biografía del homenajeado se sobredimensionaba asignándole valores épicos y heroicos. La figura de Garibaldi llegó a ser incluso más popular que la de Mazzini: de participar en la Joven Italia, haber luchado por la unidad italiana hasta su subordinación a la monarquía saboyana, pasando por su actuación rioplatense, Garibaldi fue convertido en un héroe de la libertad y de las instituciones democráticas, un verdadero ícono para la afirmación de la italianidad.² Impregnada su vida y su personalidad de un aura casi mística, su imagen tuvo amplia difusión en torno a la fecha de colocación de la piedra fundamental. Empero el monumento exponía otro sentido superpuesto al anterior, de constituir un elemento de unión de la colectividad bajo el signo republicano-mazziniano. Los ochenta, sin embargo, supusieron la apertura de un nuevo escenario político, tanto local como peninsular. De allí que el monumento exhibiera otra coloración, representando la confraternidad entre italianos y argentinos y el aporte de la colectividad a la historia nacional. Del lado de la dirigencia roquista, el monumento también funcionó como estrategia para la nueva política de tenor conciliatorio en relación con la comunidad italiana e inaugural frente al pasado nacional reciente.

Partiendo de estas conjeturas, en primer lugar, nos centraremos en el perfil de la inmigración italiana, pasando luego a indagar la conformación de una élite dirigente. Se pretende desglosar sus prácticas institucionales y políticas y sus conexiones con las fuerzas políticas porteñas, con otras comunidades y grupos de poder. Posteriormente, delinearemos el panorama de los monumentos en Buenos Aires y las significaciones que investían en esos tiempos. En otro apartado, focalizaremos el monumento desde el surgimiento de la iniciativa hasta su inauguración, atendiendo aspectos artísticos e iconográficos, debates parlamentarios y comentarios críticos, así como el lugar de emplazamiento: la primera propuesta que lo situaba junto a la estatua de Mazzini y la posterior, definitiva, en la plaza luego denominada plaza Italia. En este punto indagaremos la funcionalidad del monumento dentro del proyecto de construcción de la nacionalidad argentina.

¹ “Colonia” era para los mazzinianos una segunda patria, la defensa de la república desde el exilio. Luego de la unificación significó comunión de lengua y tradición; concepción nacionalista cuyo mayor rasgo fue preservar la italianidad defendida por las mutuales de cuño monárquico (Cibotti 1994).

² “Cuando se rememora en comunidad, contribuimos a estrechar los lazos de quienes recuerdan juntos, a sintonizar sus pensamientos y sus sentimientos [...] los próceres ganan estatura y pierden barriga, ganan altura moral y pierden humanidad y el colectivo se muestra en el pasado con una altura de miras que nos hace ahora sentir el impulso de imitar sus grandezas, mientras que piadosamente nos olvidamos de sus pecados. La memoria es engañosa, pero gracias a su capacidad de olvido, a su poder de maquillaje de lo ya pasado, nos permite imaginar futuros mejores. Aunque también, al hacerlo corremos el riesgo de olvidarnos de las lecciones que pueden aprenderse a través del escrutinio de lo que no nos resulta cómodo de registrar, ni de traer al recuerdo” (Carretero/Rosa/González 2006: 21).

Los italianos en Buenos Aires

Luego de Rosas y de la separación de la provincia de la Confederación, la ciudad-puerto ingresaba en una etapa de prosperidad económica. Por entonces comenzó a sostenerse una política basada en el lema alberdiano de “Gobernar es poblar”, que abrió el país a una corriente inmigratoria europea en su mayoría proveniente de España e Italia. Bajo la presidencia de Mitre (1862-1868) se crearon las primeras agencias europeas para fomentar la inmigración, y durante la administración de Avellaneda (1874-1880) se promulgó la Ley de Inmigración y Colonización. A mediados de siglo, la base de los italianos ya se había asentado mientras que los flujos más considerables se registraron entre 1860 y 1870, llegando a ser masivos hasta 1900. Traducido en números, entre 1857 y 1900, el aporte inmigratorio fue de 1.141.400 personas. El 49% de dicho flujo era italiano; el 22%, español y el 29%, de otras nacionalidades. El Censo de 1869 informa que el 24% de los ciudadanos eran italianos, porcentaje que corresponde al 34% de la población activa, y que estaban dedicados mayormente a la navegación y el comercio. En 1904 los italianos continuaban aportando una cantidad significativa: constituían el 24% de la población y estaban presentes en todos los distritos porteños. En lo que respecta al origen regional de los contingentes, pertenecían a todas las zonas de la península, revelando una proporción equilibrada entre el sur y el norte. De todos modos, en los comienzos predominó la población ligure, de zonas ribereñas y urbanas, pero desde los setenta la mayoría era piamontesa y lombarda, y de origen rural. Si bien se contaron oficios y profesiones dispares, gran parte de los migrantes italianos eran trabajadores manuales calificados y semicalificados (artesanos, marinos) y no manuales (comerciantes). Por el contrario, la presencia italiana era mínima en círculos de prestigio socioeconómico, aunque su temprano arribo también permitió su instalación paulatina en altas posiciones.

En tanto, en Italia se contabilizaban entre 1876 y 1900 unos 5.147.984 emigrantes, de los cuales 1.829.573 se dirigieron a Sudamérica (Rosoli 1978). Esta situación generó una vasta polémica en la península acerca de las ventajas y desventajas de la emigración: desde la oposición a la misma hasta su percepción como favorable económicamente por las remesas y la creación de mercados externos. También fue vista como una ocupación temporaria de futuros colonizadores europeos, planteándose la necesidad de intervenir en Sudamérica como afirmación de un derecho ganado por el trabajo de generaciones de italianos. Ecos de aquellos planteos italianos no tardaron en crear malestares en la autoridad local. Luego de la anexión de Massaua por Italia, se desató entre diputados italianos un debate sobre la expansión colonial *artificial* de África y la *espontánea* del Plata. *La Nación* publicó:

[...] en una conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Roma se trataba un asunto de las colonias italianas y el conferenciante [...] hablaba de la conveniencia y de la facilidad con que las Repúblicas del Plata podrían ser conquistadas por Italia, dado que ya no era posible pensar en Túnez. Pero [...] la actividad colonizadora oficial de Italia se concentrará toda en aquel territorio, y podremos tranquilizarnos respecto á las veleidades guerreras que se propusiera estimular con su disertación el belicoso conferenciante romano que “tan fáciles de conquistar” nos supusiera (19.07.1882).

Sarmiento ya había advertido la trascendencia del problema con anterioridad a la muerte de Garibaldi y llegó a decir respecto a las recientes anexiones europeas: “esto lo

han hecho otras veces los ingleses para apoderarse sin título de las islas Falkland, ¿por qué no lo haría la Italia?” (Sarmiento 1928: 133). Las urticantes declaraciones del senador italiano Boccardo aconsejando a su gobierno que ejerciera una acción más directa en sus colonias espontáneas del Plata condimentaron un clima ya tenso por otros sucesos internacionales –como la presencia en Montevideo de una nave de guerra italiana por la detención y tortura de los italianos Volpi y Patroni³– y nacionales –la actividad institucional de la colectividad–. En efecto, desde los años cincuenta venía desarrollando una labor educativa y cultural en la línea del mutualismo tendiente a la preservación de las propias tradiciones, tarea que suscitó recelos, pues así se definía su fidelidad a otra nacionalidad. Por entonces la presencia del *otro* comenzó a despertar sentimientos ambiguos en Buenos Aires.

La colectividad italiana

La diversidad de origen geográfico, social y ocupacional hace difícil hablar de un conjunto humano homogéneo; además la identidad de pertenencia de la mayoría de los italianos era menos la nación italiana que la región o *paese*. Tampoco la cultura o el idioma eran homogéneos, pues primaban los regionalismos y las costumbres propias de cada zona. En su mayoría, los inmigrantes no hablaban el italiano sino el dialecto de su región de procedencia. El concepto de una identidad étnico-nacional fue una aspiración de los grupos prominentes de las mutuales, de intelectuales republicanos. Es un concepto que, con apoyos del nuevo estado peninsular, prendería entre el grueso de los inmigrantes italianos en Argentina recién en los años setenta (Devoto/Rosoli 1985: 98).

En forma paralela al establecimiento de los italianos se configuraba una élite dirigente apoyada inicialmente en el ideario mazziniano. La conformación de este grupo con aspiraciones hegemónicas sobre la masa de migrantes italianos se hallaba ligada al desarrollo mutual y periodístico: fue construyendo su liderazgo a través de una red institucional y de prensa, estrategias políticas y simbólicas, adaptándose tanto a los embates que tenían lugar en Italia como a la coyuntura local. Una de sus mayores habilidades fue la efectiva capacidad de convocatoria, conciliatoria y sentido pragmático, se trataba de un liderazgo que no respondía a una autoridad permanente.

Entre los años cincuenta y los setenta las mutuales fueron la única parte de la colectividad formalmente organizada, aunque no exenta de conflictos políticos, al menos en sus inicios. Se ha señalado que la aparición de otros canales de participación fue separando lo mutual de lo político (Cibotti 1994). Este proceso es observable en el seno de la decana de las instituciones italianas en Buenos Aires: Unione e Benevolenza. Fundada en 1858 por un grupo de republicanos mazzinianos, mantuvo esa tendencia ideológica hasta que, después de la unión de Italia bajo la monarquía, se enfrentó a un sector promonárquico vinculado al cónsul peninsular. Este enfrentamiento dio lugar a una primera escisión dentro de la entidad por parte de los monárquicos. A su vez, los republicanos, siguiendo el ejemplo de la coyuntura italiana, se dividieron entre republicanos modera-

³ Una ilustración de *El Mosquito* (11.06.1882) unió la muerte de Garibaldi y la detención de Volpi y Patroni.

dos y republicanos mazzinianos. Este último grupo decidió separarse y se nucleó en la Società Republicana degli Operai Italiani.

Más allá de si es sostenible el denominado mutualismo apolítico (Cibotti/Sabato 1990: 22) por la canalización de la lucha ideológica hacia la prensa sumada a los nuevos tintes moderados, lo cierto es que, entre las asociaciones, se promovieron diversos modos de convivencia, como la formación de un comité entre las tres mutuales para recaudación de fondos. En esta dirección es factible sostener inicialmente que el proyecto de monumento a Garibaldi habría sido una de esas modalidades de convivencia. Los acontecimientos internacionales y locales fueron debilitando al grupo republicano porteño. A la toma de Roma por el ejército monárquico se adicionaron los ecos de las diferencias entre internacionalistas y republicanos en la península, los temores a la clase popular por la Comuna de París y, en el ámbito local, el debilitamiento del mitrismo, antiguo aliado político republicano.

A comienzos de los sesenta, entre los italianos vertebrados en colonia por una élite mazziniana y los liberales porteños existían fuertes afinidades ideológicas, vínculos militares y políticos de vieja data. Intelectuales argentinos conocidos como la Generación del 37 habían creado la Asociación de la Joven Generación Argentina teniendo como referente a la Joven Italia a la que perteneció Garibaldi, con quien disidentes argentinos habían entablado contacto en Montevideo. Ya Garibaldi había combatido en el Plata y luego algunos de sus garibaldinos se unieron a las filas liberales. Tiempo después, desde las instituciones italianas la colectividad propuso la formación de legiones para combatir por Buenos Aires, muestras de solidaridad que no gozaban de la aprobación del cónsul italiano, que denunció ante el Ministero degli Affari Esteri los apoyos considerados por él antimonárquicos de Unione e Benevolenza, así como los reclutamientos de jóvenes para formar un cuerpo.⁴

En el nuevo contexto de los años setenta, Unione e Benevolenza, al igual que otras asociaciones, se acomodaría dentro de una línea laica moderada adherida a la monarquía. Esto dio lugar a una mejora en las relaciones entre las autoridades diplomáticas italianas y las entidades en Buenos Aires. Jugó asimismo en detrimento de los mazzinianos duros la llegada de migrantes italianos católicos y de poco apego al nacionalismo. A la par de la llegada de inmigrantes, la actividad institucional italiana fue en incremento, a la vez que la élite se consolidaba debido principalmente al éxito en negocios de importación. Un grupo de italianos fundó el Banco de Italia y Río de la Plata, de peso sobre las políticas comunitarias. Promediando los ochenta existía un sector italiano que ya había llegado a una buena posición en términos de ingresos y poder social. Es más, los Canale, los Devoto, los Demarchi formaban parte de los socios fundadores de la Unión Industrial. Incluso se ha hablado de una élite industrial italiana en Argentina conformada por quienes hicieron fortuna en distintos negocios antes de ingresar en la industria, junto a quienes ya contaban con establecimientos industriales en Italia y expandieron aquí sus actividades (Schvarzer 1991: 30). Es singular el caso de Antonio Devoto, cuyo encumbramiento económico le permitió contribuir a las finanzas públicas. Durante la crisis del noventa, cuando Pellegrini lanzó el empréstito nacional interno, Devoto suscribió al mismo con

⁴ Ministero degli Affari Esteri (MAE), Roma. Informe Consular. Carta del cónsul italiano en Buenos Aires, Sr. Della Ville, del 14.09.1862



una importante suma (Petriella/Miatello 1976: 253 s.). Asimismo los empresarios del entretenimiento: regentes de teatros y espectáculos, como A. Ferrari que, en el Teatro de la Ópera, estrenó *Pampa*, primera ópera argentina en italiano.

La creación de escuelas por las mutuales respondió a las necesidades de atender la educación de la comunidad frente al insuficiente despliegue de la instrucción estatal (Favero 1985). También se superpusieron el interés societario de incrementar el número de asociados y la preocupación por la “italianidad”. Esta idea, sumada a los intentos de control y los subsidios a estas escuelas por las autoridades italianas –en rigor, los apoyos eran magros y el control no se concretó– generaron sospechas en la dirigencia local. El Primo Congresso Pedagogico Italiano (1881) promovido por las mutuales contó entre sus propósitos hacer frente a las acusaciones que calificaban a sus escuelas como peligro nacional. Sarmiento pronto replicó con una serie de artículos donde advertía sobre la amenaza que implicaban estos establecimientos educativos. Si bien el informe de 1888-1889 del Consejo Nacional de Educación fue favorable para estos institutos, continuaron los recelos hasta fechas tan tardías como 1911. Así se desprende de un informe provincial en el que se notificaba sobre los abusos del habla italiana en la escuela Dante Alighieri, solicitándose mayor control, pues “cabe sospecharlo de inconsecuente en cierto

modo con nuestros principios de cultura patriótica” (Memoria 1911: 273). Lo cierto es que la población escolar de las instituciones italianas fue relevante hasta 1880, comenzando a declinar a la par que el sistema de educación oficial se extendía. Las causas del deterioro tienen que ver (amén del desfavorable contexto oficial) con su alto costo de mantenimiento y la pérdida paulatina del otrora buen nivel de enseñanza, relacionado también con los bajos sueldos docentes.

Desde los tiempos de la inmigración temprana, los italianos conmemoraron sus aniversarios mediante banquetes y procesiones por las calles de la ciudad. También se ple-gaban a los festejos nacionales como el 25 de Mayo o el Centenario de San Martín. Pronto las diferencias entre mazzinianos y monárquicos se hicieron notar en este terreno, convirtiendo a los festejos comunitarios en actos de tinte ideológico. Hacia 1880 empezaron a aparecer cambios en la modalidad conmemorativa, la cual tendió a ser más nacionalista y organizada. Las celebraciones crecieron además en pompa: a una cuidada organización previa –que estipulaba horarios, actos, participaciones– publicada con antelación, seguían las procesiones cívicas, himnos y marchas –infaltable la de Garibaldi–, concursos, conciertos y pedidos a comerciantes y particulares de embanderar sus fachadas. Los cambios en los modos celebradores se dieron a la par que en los festejos patrios locales, que comenzaron a exhibir un ceremonial más solemne y disciplinado. Por añadidura, en esas fiestas el público asistente se mostró más indiferente, falto del calor popular de otros tiempos (*La Prensa*, 26.05.1883; 25.05.1883).

Estas transformaciones en la participación en el espacio urbano deben ser puestas en tensión con el nuevo contexto político. La década de los ochenta fue pensada por la nueva dirigencia como una nueva época: la Argentina moderna. Un flamante gobierno con Roca como presidente y un nuevo partido, el PAN, cuya consolidación coincidió con el declive de las fuerzas opositoras, como los grupos católicos⁵ y los mitristas. Desde el periódico oficialista, *La Tribuna Nacional*, se identificaba al roquismo con la llegada del progreso y la modernización, sin conexiones con el pasado reciente, marcado por la anarquía, las guerras civiles y las pasiones desatadas. Las viejas prácticas políticas y mecanismos participativos en asuntos públicos (movilizaciones, ceremonias públicas, agitaciones) no eran ya vistas con buenos ojos. Este tipo de tácticas de intervención urbana utilizadas por diversos grupos de la sociedad, como los italianos, además de darles presencia concreta y constante en el espacio ciudadano, podían atentar contra la paz y el orden, la tolerancia y la moderación de los nuevos tiempos. Diferente fue la prédica en los noventa, cuando el roquismo debió enfrentarse a una fuerza opositora organizada, la UCR, a la que se buscó conectar como estrategia política a aquel pasado de violencia (Alonso 1997). Además, muchos inmigrantes se fueron alejando de las mutuales para aglutinarse en sociedades de oficios o resistencia. Con el crecimiento de la industria fue formándose una clase obrera que se nuclearía en la socialista Unión Central de Trabajadores y en la anarquista FORA. A la vez fueron en aumento las situaciones de conmoción social, huelgas y reclamos violentos, en los cuales los inmigrantes eran parte integrante.

¿Cuáles eran las percepciones de parte de la alta sociedad porteña y de la dirigencia argentina hacia los italianos en el conjunto de los grupos migratorios europeos estableci-

⁵ La Ley de Educación generó roces con la Iglesia Católica y las relaciones estuvieron suspendidas hasta 1900.

dos en Buenos Aires? Hemos señalado la diversidad regional, ocupacional y social de los italianos, así como la pequeña proporción perteneciente a la clase alta. A esto cabe agregar la imagen que se tenía de los italianos. Pese a que en la etapa ligur (1835-1860) el crecimiento económico gracias al comercio –compra de tierras mediante– los había favorecido con el ascenso social, algunos porteños de élite aún descalificaban a las clases populares ligures, percibidas como “más salvajes que los salvajes de las pampas” (Cúneo 1940: 215; Devoto 1989: 96-97). En una guía social de fines de los sesenta se los incluía socialmente en el último puesto entre los migrantes de origen europeo (Mulhall 1869: 14-16). Nascimbene señala que “en la mente de los dirigentes criollos había dos Italias –mientras que en contraposición existía una sola Inglaterra o Francia” (1987: 84). Una imagen respondía a la Italia de rica tradición cultural a la que pertenecían artistas y miembros de la nobleza; la otra, en cambio, era aquella derivada del contacto inmediato y diario con la realidad local, el italiano “tipo”, del cual la propia clase alta italiana buscaba desprenderse: el operario, jornalero rural o urbano; trabajador y honesto, pero rudo y mayormente de poca cultura o analfabeto, rudeza y sencillez que no perdían pese al ascenso económico que su afición al trabajo duro le podía llegar a retribuir. Era asimismo esa cultura del trabajo manual otro obstáculo, pues no formaba parte del panteón de virtudes a los ojos de los miembros de la élite porteña.

Esa ética del trabajo también generó conflictos de distinto talante con otro grupo afirmado como colectividad: los afroargentinos. Al parecer, la presencia italiana fue empeorando la situación precaria en la que ya se encontraba la comunidad negra, que debía mantener un equilibrio entre defender su autonomía como grupo social e integrarse a la Nación (Andrews 1989). Luego de Rosas, esta comunidad había logrado un cierto crecimiento que se traducía en lo institucional y cultural. Contaba con órganos periodísticos propios, donde vertía sus reivindicaciones y opiniones en todos los aspectos de la vida ciudadana. Diversificada socialmente, reunía estratos burgueses e intelectuales. Algunos de ellos llegaron a amasar fortuna y prestigio (Binayán Carmona 1980: 71). En el nivel de los sectores bajos, base de la pirámide laboral (vendedores, jornaleros, changadores, lavanderas), el avance de los italianos fue conformando un factor perjudicial debido a que se vieron desplazados por aquéllos de los oficios y ocupaciones que tradicionalmente desempeñaban. Los italianos llegaron incluso a aceptar remuneraciones inferiores a las percibidas por los trabajadores de color. Una de las formas en que estos últimos manifestaron su descontento fue a través de las canciones de carnaval, verdaderos actos de sublimación colectiva. El espacio lúdico abierto por estas fiestas les permitía canalizar sus reclamos sociales.

La competencia en el plano económico se extendió también hacia el militar. Desde 1850 los batallones tendieron a ser focos de integración e intercambio cultural. Si bien cada recluta negro podía sentirse parte de colectivos mayores, como la nación o la patria (Salvatore 1992), no menos cierta era la discriminación racial que padecían y las penurias en caso de rehusarse a luchar en las guerras de los blancos. Pese a ello, sus méritos hicieron que alcanzasen posiciones de comando. En 1871 el Octavo Batallón de Infantería –unidad de libertos exitosa en campañas de Chile, Perú y Ecuador a la que habría pertenecido el mítico soldado de color Falucho– fue reconstituido con compañías de la Legión Italiana (Salvatore 1992: 41-45). Esto significó para los afroargentinos un desplazamiento de aquel lugar, el Ejército, que investía una fuerte carga simbólica a causa del imaginario creado en torno a las luchas por la Independencia en las que habían parti-

cipado activamente. El diario afroargentino *La Broma* (11.08.1882) se preguntaba cuántos argentinos tenían conocimiento de los combatientes negros y en un artículo declaraba que “la historia patria tiene muchas páginas en blanco”, haciendo clara referencia a su exclusión de la historia nacional. Una estatua a uno de sus pares, el soldado Falucho, relacionado con el imaginario independentista respondió a los intereses de los afroargentinos de representarse en relación a la sociedad blanca, su identidad histórico-cultural y frente a los grupos inmigratorios, sobre todo los italianos (Dosio 1998). A su inauguración asistieron asociaciones italianas, como lo comentó *L'Italia al Plata* (16.05.1897), desde donde también se cuestionó la existencia de Falucho.

Otros roces más significativos en tanto pudieran erosionar los intereses político-económicos de la comunidad italiana se dieron con otros sectores de la sociedad, en este caso ya migrantes europeos. Hemos señalado que los italianos conformaron el grupo más numeroso comparado con el resto de los contingentes extranjeros que evidenciaron además mayor homogeneidad socioeconómica y cultural, y carecieron de esa imagen dicotómica generada en los círculos locales sobre los peninsulares. Además, ya desde los tiempos de la Independencia, tanto Inglaterra como Francia constituyeron el modelo sociocultural de la clase dominante argentina. En segundo lugar debe mencionarse el nivel de capital e inversiones. Si bien la colectividad incrementó su riqueza, no llegó a la posición de los ingleses. Este grupo se destacó desde los años setenta por las fuertes inversiones en áreas claves para la economía nacional: tierras y ferrocarriles. La transferencia de los ferrocarriles de la provincia a manos inglesas (1889) originó cuestionamientos por parte del diario italiano *La Patria*, que basó su crítica en los perjuicios a los productores rurales.

Empero se debatía aquí no sólo contra un grupo inversor. Recordemos el cambio en las políticas migratorias argentinas que viraron hacia la promoción con ahínco de la emigración proveniente del centro europeo más que del sur. Habría que agregar que el propio gobierno italiano llegó a calificar a grupos migratorios de socialmente peligrosos por la confluencia de emigrantes políticos –anarquistas, socialistas, republicanos– y politizados –participantes en huelgas, conflictos, tumultos callejeros– (Ostuni 1985: 105). En 1875 se acusó por el atentado al Colegio del Salvador a “la turba de italianos anticlericales” (Clementi 1984: 69): ya se estaba instalando la oposición clericales/anticlericales que se adicionaba a la de monárquicos/republicanos (Devoto 1991: 192). La estatua a Mazzini avivó esta cuestión. En un artículo del día de su inauguración se describen las posiciones encontradas: los liberales que apoyaban al proyecto por afinidad ideológica; los católicos que lo fustigaban por sus sentimientos religiosos y aquellos que veían en él

un acto de patriotismo de parte de los italianos y un propósito de vincularse profundamente con el país que los hospeda [...] donde todas las naciones encuentran la ancha y protectora sombra de las garantías y de las libertades, que ningún otro país otorga en tal grado al extranjero (*La Prensa*, 10.03.1878).

A fines de siglo, el creciente hispanismo entre los argentinos se erigió en otro factor desfavorable para la comunidad italiana toda y para la reducida élite mazziniana aunque moderada. La reanudación de las relaciones con España desarrolló mayor impulso a partir de 1880 como reacción al posicionamiento de Estados Unidos en la economía mundial. La guerra hispano-norteamericana (1898) acentuó el énfasis en los valores hispa-

nos: los rasgos espirituales de España frente al materialismo de Estados Unidos. Al mismo tiempo esta redefinición de lo español, sirvió a la dirigencia argentina para encarar la disgregación social por la masiva inmigración. Sin duda gravitaban estas preocupaciones cuando en la propuesta de la comunidad italiana del Monumento a Colón se decidió incluir dos relieves que narran la participación española en el Descubrimiento de América.

Política estatuaría porteña

El primer monumento conmemorativo de la ciudad fue la Pirámide de Mayo (1811) levantada en el sector de la plaza Mayor (de la Victoria) para conmemorar el primer aniversario de la Revolución de 1810. La actual plaza de Mayo se hallaba dividida en dos —de la Victoria y del Mercado— mediante una construcción de la época española, la Reco-va Vieja, que comunicaba ambas plazas. En 1856 el obelisco había sido coronado con la figura de la Libertad: de pie cubierta con el gorro frigio sosteniendo una lanza y el escudo nacional; por llevarlo fue identificada con la República. Si bien a partir de esos años se advierte un incremento de la estatuaría no hubo escultores nativos ni extranjeros de relevancia; la ciudad carecía de la infraestructura técnica y profesional necesaria para un desarrollo importante de escultura decorativa y conmemorativa. Capítulo aparte lo constituyen sus primeros monumentos ecuestres: el del general San Martín (1862) en la plaza homónima y el de Manuel Belgrano (1873) en la plaza de Mayo. Ambos respondían a la corriente historiográfica que alentaba el culto al gran héroe. En la década siguiente, el presidente Juárez Celman presentó al Senado un proyecto para un monumento conmemorativo de la Revolución de Mayo a fin de fortalecer el “sentimiento de la patria”, pues los monumentos “sirven de culto y de enseñanza a las generaciones que vienen y modelan el carácter nacional”⁶. Ese mismo año se inauguraba la estatua a Lavalle que pronto devino en hito de marchas y celebraciones patrias; incluso fue punto de culminación de la columna cívica italiana del 20 de septiembre de 1889. También en 1889 se decretó la erección de un monumento a la memoria de Sarmiento, fallecido un año antes. No sólo las grandes personalidades fueron motivo de monumentos: recordemos el ya mencionado monumento a Falucho, a iniciativa de la comunidad negra, inaugurado en la plaza San Martín. En 1878 se erigía en la céntrica plaza Roma la estatua a Mazzini, obra de calidad artística dentro de una concepción realista sin excesos simbólicos que distraigan la atención. La idea del monumento surgió dos meses después de su muerte en la Sociedad de la Alianza Republicana. El lugar de emplazamiento en esa época, desde el río, era la plaza de ingreso a la ciudad:

Quando sobre la cubierta de los navíos que hacen rumbos a nuestras playas [...] el viage-ro se pregunte a quién conmemora esa grande y bella estatua que se ofrece la primera á sus miradas [...] cuando sepa que esa efígie no es la de Rivadavia, ni la de San Martín, ni la de Belgrano, cuando inquiera que es la de un pensador nacido en otro hemisferio, levantada como prenda de fraternidad, ofrecida por los italianos á los argentinos, ese viage-ro podrá leer

⁶ Congreso de la Nación, Cámara de Senadores, sesión del 18.10.1887.

en seguida, con palabras de verdad, las que se encuentran grabadas al frente de nuestro Código [...] (*La Prensa*, 19.03.1878).

Debates

Al tiempo que se desarrollaba una estatuaría conmemorativa de carácter público, comenzaba a perfilarse un incipiente ámbito de discusión en torno a los monumentos, en el que circularon diversas opiniones estéticas e ideológicas asociadas a la confrontación política entre sectores que buscaron representar sus intereses a través de monumentos. Las opiniones se dividían entre aquellas que definían las condiciones estéticas que debían cumplir las estatuas y otras que sostenían, frente a la economía del país, la conveniencia de erigir obras industriales en lugar de monumentos (Trelles 1890). La estatuaría conmemorativa cobraba un sentido didáctico, “era un modelo que se presenta á los hombres para que imiten la vida del hombre que representa”⁷. Conceptos tales como “ejemplo vivo”, “lecciones de virtudes”, “formación moral” y “edificación de los jóvenes” son reiterados en las discusiones sobre la escultura conmemorativa, respondiendo a la intención de reforzar la legitimidad del gobierno y de avivar sentimientos nacionales especialmente entre los jóvenes. Estos referentes se aunaron a la educación. Si la escuela se erigió en el instrumento más potente para la formación de la nacionalidad por la inculcación y transmisión de valores que implicaba, la estatuaría fue la representación visible y constante de esos valores.

El monumento

La idea de levantar un monumento a la memoria de Garibaldi surgió al día siguiente de su muerte (3-6-1882) en el Circolo Italiano. Un primer comité solicitó al Municipio la autorización y el terreno donde erigirlo. Se concedió un espacio en el paseo de Julio, pero luego el Congreso Nacional aprobó una ley desconociendo el derecho municipal de conceder terrenos para monumentos a extranjeros.⁸ Tiempo atrás el monumento a Mazzini también había generado discusiones respecto al emplazamiento. El debate culminó en la sesión del Consejo Municipal (23-10-1877) cuando se sancionó una ordenanza destinando el paseo de Julio para estatuas de celebridades “que hayan prestado servicios especiales á esta parte de la América”.⁹ Respecto a la estatua a Garibaldi, la oposición adujo el carácter contraproducente de la postura revolucionaria de Garibaldi:

Ha llegado el momento de que el Congreso se ocupe [...] de que el extranjero [...] sea afecto a la nacionalidad argentina puesto que los extranjeros no tienen una patria aquí se consagran al culto de la patria ausente.

Algunas veces los crímenes de los gobiernos hacen necesario que el pueblo se arme y alce contra ellos; en tales casos yo bendigo la revolución: pero maldigo el empeño insensato

⁷ Congreso de la Nación, Cámara de Diputados, sesión del 13.08.1897.

⁸ *Memorias Municipales presentadas al Honorable Concejo Deliberante* (Buenos Aires, 1882), Tomo I, pp. 639-640.

⁹ *Actas de la Comisión Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, 1877* (Buenos Aires, 1912), p. 188.

de levantar altares en este país al espíritu revolucionario y de proclamar la revolución consuetudinaria!

¿Cuáles son las lecciones que los jóvenes argentinos recibirán de Garibaldi? ¿Qué elementos puede aportar este hombre á la formación del carácter nacional? Elementos completamente bastardos, señor presidente; y yo no puedo consentir, sin una enérgica protesta, que se incorpore al medio ambiente de mi patria elementos que bastardeen el espíritu nacional. Se ha presentado la cuestión bajo un aspecto, como un homenaje de simpatía, como un testimonio de hospitalidad de la colectividad italiana; yo digo que es una manera hábil, pero falsa, de presentarla. No es la colectividad, no es la totalidad de los italianos, la que pide este alto honor para Garibaldi; no, sr presidente. Muchos italianos, muy distinguidos, muy vinculados á este pueblo, conozco yo, que están absolutamente descontentos y confundidos con el proyecto de erigir una estatua á Garibaldi ¿Por qué entonces hemos de acordar si esta estatua es bandera de contradicción en Italia, es bandera de contradicción en los italianos residentes en este país, y si puede llegar á ser bandera de contradicción, aun entre los mismos argentinos?¹⁰

El diputado nacional Gouchón defendió el proyecto, argumentando que la intervención del general en las luchas del Plata y el papel que los italianos habían desempeñado en la vida nacional justificaban “la erección del monumento que recordará á los pueblos argentinos del porvenir, cuáles son los elementos étnicos que en las postrimerías del siglo XIX, más han entrado en el desarrollo del elemento nacional” (*La Nación*, 16.08.1897). En la Cámara de Senadores se aclaró que “no son los poderes públicos, ni es autoridad alguna del país, quien va á levantar un monumento que conmemore la muerte de Garibaldi en nuestro suelo; son millares de habitantes de él que han tomado á su cargo esta tarea y solo piden la venia nacional para llevarla á cabo”¹¹. El 6-11-1898 fue colocada la piedra fundamental y la fiesta inaugural, el 19-6-1904. A partir de ese momento la plaza pasó a llamarse plaza Italia (Llanes 1977: 97-105).

Además de las tratativas con los poderes públicos existieron otros antecedentes conmemorativos y artísticos. Como parte del funeral cívico se realizó un túmulo y capilla ardiente con permiso municipal (*La Patria Argentina*, 07.06.1882) en la plaza de la Victoria debajo de la Recova Vieja. El túmulo consistió en un gran pedestal con gradas en cuyo centro se colocó un busto de Garibaldi y en la parte superior una estatua de la Libertad como remate (*La Prensa*, 13.06.1882; *La Nación*, 27.06.1882). Esta estatua formaba parte de las esculturas de la Exposición Continental a cuya comisión directiva fue solicitada (*La Patria Argentina*, 22.06.1882). Ubicada debajo del arco de la Recova, la estatua se situaba en el mismo eje Este-Oeste que la figura de la Libertad de la Pirámide. Ésta se caracteriza por su majestad y serenidad, ideas que se buscaban destacar en los años de organización constitucional cuando fue realizada. La alegoría del túmulo de gran dinamismo en cambio, fue compositivamente funcional para expresar la vida y el carácter de Garibaldi: “Garibaldi, con Cavour y Mazzini, forma la trilogía de la unidad italiana-Garibaldi, representa la acción, el genio que llevó el pensamiento de Mazzini” (*La Nación*, 07.11.1898). En 1897 tuvo lugar un concurso de bocetos resultando favorecido el enviado por E. Maccagnani (*La Nación*, 20.09.1897). El conjunto escultórico consiste en un esquema piramidal formado por tres niveles: inferior, medio –altorrelieves y figuras alegóricas– y superior –estatua

¹⁰ Congreso de la Nación, Cámara de Diputados, sesión del 13.08.1897.

¹¹ Congreso de la Nación, Cámara de Senadores, sesión del 21.09.1897.

ecuestre—. La figura del general apoya sobre una base de piedra. A sus lados, dos figuras alegóricas sedentes representan la Libertad y la Victoria, también consideradas alusiones a Argentina e Italia (Santaella 1972: 29-31). La primera lleva gorro frigio y escudo con símbolos nacionales. La segunda, alada, con corona de laureles, espada, escudo y casco. En el frente y en la parte posterior de la base se sitúan dos altorrelieves de tratamiento pictórico que simbolizan hechos históricos de la vida del prócer: la batalla de San Antonio y el Embarco de los Mil en Quarto. Sobre el primer relieve, se observa una urna de la que brota una llama alusiva al fuego sacro de la libertad. Para su realización, Maccagnani habría tomado como modelo a su anterior monumento a Garibaldi en Brescia, Italia.¹² El proyecto no aportaba novedades respecto a las estatuas que ya habían sido erigidas en Buenos Aires pues respondía a un tipo conocido: la estatua ecuestre sobre pedestal que tenía como referentes a la de San Martín y a la de Belgrano. Es posible que la cantidad de elementos que constituyen la obra en su conjunto, en especial por la inclusión de dinámicas escenas militares, haya sido una de las razones que impulsara a los redactores de la revista *Athinae* a calificarlo de “épicamente truculento” (11 de julio 1909). Se asociaba a la producción masiva de estatuas públicas que tuvo lugar en Europa, las cuales se destacaban por el exceso de anécdotas y símbolos. En su mayoría, dichas estatuas, generadas por una ideología estética clasicista-naturalista que pretendía la glorificación pomposa del héroe, no fueron más que “discursos oficiales en piedra o en metal” (Novotny 1989: 387-399).

En nuestro país, la exaltación del gran héroe mediante monumentos-discursos se inicia con las estatuas de Belgrano y San Martín. En la obra de Maccagnani, Garibaldi es una figura dinámica, carácter acentuado por el movimiento del caballo. Al dinamismo de la postura se suma el tratamiento que destaca sus rasgos rudos y la energía de su perfil. En contraposición, las figuras sedentes se caracterizan por su serenidad y suavidad de líneas. Ubicadas en un nivel medio parecen hacer referencia a otra esfera separada del mundo real: una dimensión superior que contiene las ideas de libertad y de unidad entre pueblos más allá de sus diferencias sociopolíticas. Garibaldi situado por encima de esa dimensión es quien posibilita la concreción de dichas ideas. De ahí que la figura terrenal de Garibaldi se encuentre sobre las ideales. La batalla y el embarco en la parte inferior señalan el enfrentamiento entre los pueblos que termina coronado por la llama de la libertad, en el mismo nivel que las alegorías; la fraternidad de los pueblos libres por encima de las guerras fratricidas.

El monumento continuaba la línea de erigir obras conmemorativas a personajes extranjeros iniciada con el de Mazzini. El sitio que primero el Municipio había cedido era el paseo de Julio donde se hallaba Mazzini, situación que llevó a exclamar:

Nos agrupamos de nuevo bien pronto para descubrimos ante la estatua de Garibaldi colocada frente á la estatua de Mazzini, unidos como un emblema de honor ante las miradas del viajero que llegue á nuestras playas, y saludadas ambas por las aguas del rio que une dos pueblos que vieron la espada del solitario de Caprera levantarse sobre la cabeza de sus opresores (*La Patria Argentina*, 06.06.1882).

Aparte de las disputas de poder entre municipio y gobierno nacional por la cesión del espacio había otros aspectos que podrían chocar con los intereses del grupo dirigente.

¹² Boceto expuesto en 1897 (*Caras y Caretas*, 12.11.1898).

Ante todo debemos tener presente el significado y función de la plaza en la América hispana. En tanto espacio cerrado por la edificación circundante, asume aquí el carácter de núcleo germinal de la estructura urbana, marcando el ritual de apropiación del suelo y aglutinando funciones comunitarias y públicas que acreditan el valor de su centralidad (Gutiérrez/Berjman 1995: 13). Si bien el rasgo nuclear correspondía a la plaza mayor (como lo era la plaza de Mayo) existía una jerarquía de plazas secundarias o espacios residuales de las calles que también investían una carga simbólica, dependiendo de hechos o actividades que en ellos tenían lugar o por su ubicación. El paseo de Julio entonces era el umbral de ingreso a la ciudad, con dos monumentos, uno dedicado a Mazzini y otro a Garibaldi. Más allá de la ideología que representaran, las primeras imágenes con las que se encontraría el viajero que llegaba a nuestras playas eran estatuas a figuras extranjeras, lo cual redundaba en un contrasentido con respecto a la intención de cimentar homogeneidad nacional, sobre todo al tratarse de italianos si ponderamos el historial de cruces diplomáticos y las implicancias políticas de la actividad mutua. De otro lado, se vislumbraba el sentido profundo que tendría ese paseo para la comunidad italiana mediante la reunión de ambos héroes. Era evidente que el emplazamiento del monumento en este espacio habría potenciado la significación que ya poseía. Luego de la inauguración de la estatua Mazzini, el paseo de Julio se había convertido en punto de reunión y de culminación de las celebraciones cívicas italianas, las cuales finalizaban con un homenaje al pie de la estatua. Estas acciones eran vistas como una preocupante invasión simbólica y política del espacio público porteño, en especial por grupos locales que percibían a las ceremonias extranjeras como amenaza de disgregación nacional. Su potenciación por medio de la inclusión de la estatua de Garibaldi –que había puesto en acción el pensamiento de Mazzini, como así lo describían crónicas coetáneas– podría haberse tornado conflictiva al definirse un enclave de la nacionalidad italiana en pleno centro e ingreso al entramado urbano.

Esta situación pudo haber influido para que se le otorgara al proyecto Garibaldi un paraje más alejado del centro como lo eran los Portones de Palermo. Esta plazoleta constituía un vestíbulo de entrada al parque Tres de Febrero. La zona estaba cargada de una intencionalidad particular, dado que el parque al que daba ingreso fue creado por Sarmiento e inaugurado por Avellaneda sobre el otrora santuario de Rosas: Caserón y entorno. Al concederles a los italianos ese espacio para la estatua a Garibaldi se lo estaba dotando de un sentido congruente con el pensamiento liberal local de resignificar o refundar el lugar de la tiranía rosista. Este interés por intervenir, resignificar este espacio, estaba presente no sólo desde la fundación misma del parque sino también en otras propuestas como el proyecto del Concejo Deliberante sobre la creación de un arco de triunfo en memoria de la batalla de Caseros (*La Prensa*, 21.07.1889). Paisajísticamente, la plazoleta era un cruce de caminos anchos y frondosos. El proceso de conformación del hábitat cultural sobre el natural, si bien comenzó luego de la apertura del Jardín Zoológico y del Botánico, se aceleró después de verse emplazada la estatua. Con el tiempo y por un pedido al Municipio por parte de la comisión del monumento, la zona se convirtió en plaza Italia. Devino paulatinamente en un sitio de encuentro y celebración, de convocatoria y homenaje a la patria italiana. En el IV Centenario del Descubrimiento de América se había manifestado ya el interés de la comunidad de tener su plaza (*La Prensa*, 12.10.1892). Si la plaza hispanoamericana conlleva un carácter generador de lo urbano, en nuestro caso, su definición se dio conjuntamente a la gestación del monumento. La

plaza en el curso de su existencia va acumulando creencias, memorias, representaciones de la cultura material y de hechos no tangibles que configuran el patrimonio vital de la comunidad.

Un fastuoso despliegue acompañó la inauguración: representaciones institucionales recorriendo las principales calles, de las provincias y del exterior, desfiles, amplios comentarios en la prensa, acuñación de medallas, familiares, sobrevivientes, personalidades de la política y de la cultura nacional hablan de un personaje equiparable a los héroes nacionales. Los conceptos de los discursos que se pronunciaron en ocasión de la colocación de la piedra fundamental y de la inauguración son bastante similares: destacan la idea de confraternidad entre italianos y argentinos a través de Garibaldi, figura importante en la consolidación de las instituciones democráticas. De un diario comunitario extraemos:

La proposta del monumento a Garibaldi, e la conseguente domanda per la concezione del terreno suscitò delle gelosie da parte delle autorità argentina di allora, le quali opposero un'accanita per quanto ingiustificata resistenza. Ma il Comitato non si rassegnò per questo ed il suo lavoro presso il Governo della Republica ed il Municipio fu attivissimo e insistente (*L'Italia al Plata*, 06.11.1898).

Se cita aquí un texto de *Gli italiani nell'Argentina*:

Già era passato il tempo che, coll'accordare l'area pel monumento a Giuseppe Garibaldi, si pensava, puerilmente, di repubblicanizzare gli immigranti (i quali di questione politiche poco o punto si curavano); ed i clericali, che erano venuti a mano crescendo in potere; ottennero che il Congresso Argentino, rimandasse a tempo indeterminato, sollevando difficoltà costituzionali, il chiesto permesso (*L'Italia al Plata*, 06.11.1898).

Se advierten coincidencias entre los discursos y la iconografía al señalarse las ideas de fraternidad y paz: “No es este monumento, como en mente extraviada pudiera concebirse, un símbolo de guerra; es símbolo de paz, de progreso, de redención” (*La Nación*, 07.11.1898). Es significativo que se indique lo que no simboliza, la guerra, que constituía precisamente la situación en la cual podrían haber desembocado los conflictos por la soberanía. El monumento se destina menos a la contemplación y goce estético que a la comunicación de mensajes ideológicos; la estética de lo grandioso, de lo truculento más allá del valor artístico, refuerza su voluntad pedagógica: en todos los discursos se reitera la noción de ejemplo para jóvenes, alimentando una contemplación ritualizada.

Empero ¿cómo entender su ponderación desde el discurso oficial como ejemplo si opositores al proyecto en el mismo Congreso Nacional postulaban la incongruencia de permitir la erección de una estatua conmemorativa a un extranjero descrito como anticatólico, revolucionario y figura discutida dentro de la propia sociedad italiana? Asociado a los políticos de vieja data, Garibaldi y su actuación en el Plata formaban parte de aquel pasado caótico (que aglutinaba guerras independentistas, anarquía, rosismo, intentos por la organización nacional) luego del cual, con Roca en el poder, se iniciaba la argentina moderna. En este clima, el monumento se posicionaba como un lugar donde no sólo se negociaban los nuevos acuerdos de la dirigencia italiana porteña sino también los del aparato estatal. Una de las consecuencias de la inmigración masiva fue el surgimiento de una oleada de racismo sobre todo frente a los conflictos con los trabajadores, que

hacia hincapié en su extranjería y en las doctrinas ideológicas traídas junto con un alegato a favor de la homogeneidad étnica. Esa xenofobia estaba presente asimismo en los manuales escolares que se apoyaban en supuestos descubrimientos científicos de la criminología positivista (Braslavsky 1992). A esto se sumaba la acentuación nacionalista de los programas educativos complementada con las conmemoraciones patrias, participación de escolares en ceremonias para la reactivación afectiva y la edificación de espacios de memoria, como los museos. No olvidemos las quejas a propósito de los avances de la cultura italiana en instituciones de enseñanza.

El problema inmigratorio se entretecía así con la lucha contra el analfabetismo, con disputas por el poder institucional y con las estrategias a asumir por parte de los grupos hegemónicos. Traemos a colación posiciones encontradas en política educativa surgidas de una polémica entre el gobierno nacional y el provincial (1903-1908) en torno a la educación en las colonias ruso-alemanas y judías en Entre Ríos. Sintetizando, la conducción provincial postulaba la necesidad de comprender que los inmigrantes arribaban con una cultura a respetar; se enlistaba en la idea de construir una identidad nacional a partir de la integración de las diferencias. Mientras que la actitud del Consejo General de Educación apoyaba soluciones coercitivas con un profundo rechazo de la admisión de lo diferente.

Más allá de las implicancias de los conflictos enunciados y de sus consecuencias, podemos identificar operaciones semejantes en nuestro caso y sostener, desde una óptica puramente conjetural, que la difusión de la imagen de Garibaldi entre el elemento joven habría generado para el grupo hegemónico una estrategia de signo contrario. En lugar de censurarlo como emblema de italianidad, de lo revolucionario opuesto al orden constitucional, anticatólico y de dudosa moral, se llevó a cabo una apropiación de su figura, haciendo uso de su función didáctica y estimuladora de sentimientos de pertenencia, asimilándolo a la construcción de la patria, una operación selectiva sobre un modelo que terminó exaltando la idea de la unidad nacional. Aparece así el sujeto como extensión de una comunidad que se incorporaba a la historia patria. La configuración de ideales e identidades también se anclaba en nociones abstractas materializadas en figuras de la historia. Garibaldi devino así en un modelo referencial, un tipo ejemplar, un héroe semejante a otros héroes nacionales.

Consideraciones finales

Uno de los estímulos que orientaron la investigación fue la mudanza de significados en función de las necesidades de las autoridades locales y la élite italiana y del proceso de negociación que se entabló entre ambos sectores. Segundo, la magnitud y el despliegue del aparato ceremonial montado, pocas veces visto, teniendo en cuenta que se trataba de la erección de una estatua a un personaje extranjero. Tercero, el rol que desempeñó el monumento al entramarse con el proyecto roquista: de un lado, los vínculos entre el pasado reciente y el presente en la búsqueda por cimentar la nacionalidad; de otro, la asimilación del componente inmigratorio. Por último, el papel medular que tuvo para la propia comunidad: de articulador de diferencias políticas a baluarte en la representación de la italianidad. El monumento habilitó un auténtico campo de batalla donde diversos sectores dieron forma a sus estrategias de representación: la élite política e intelectual de la colonia italiana atenta a los reacomodamientos en la escena peninsular y en la argentina; la dirigencia

local que apoyó la iniciativa como parte de su red de dispositivos culturales dispuestos con el fin de incidir en la modelación de la identidad nacional y memoria colectiva.

Al indagar el desarrollo de la colonia se evidenció su heterogeneidad, destejéndose tramas que mostraron la compleja e inestable posición de su élite. El monumento se convirtió en una clara estrategia política y diplomática, cada vez más alejada del apego popular y atada a situaciones de confrontación ideológica.¹³ La propuesta del grupo de poder comunitario trascendió la intención primera de homenaje al prócer, instalándose como escenario para la articulación de la misma colonia, disgregada por las internas entre monárquicos y republicanos, a lo que se fue sumando la posición católica. Esta coyuntura tuvo orígenes previos a este proyecto; se remontaba ya al monumento a Mazzini. Una vez producida la unión de Italia bajo la monarquía, los republicanos en suelo porteño comenzaron a aparecer como subversivos del orden a diferencia de los moderados, proclives a un acercamiento con la dinastía de Saboya. Esto derivó en roces entre uno y otro sector de la comunidad y en que políticos locales tomaran distancia de los italianos de la primera tendencia. A partir de allí fue consolidándose el vínculo de los liberales locales con los republicanos moderados (Sabato/Cibotti 1990: 7-45). A la hora del homenaje a Garibaldi, estos quiebres entre republicanos y monárquicos se pretendieron superados, pues ambas facciones participaron en el acontecimiento. Quizás el hecho de que Garibaldi colaborara con Víctor Manuel en la lucha por la unidad italiana sumado a la estima que gozaba en el Plata, sirviera de figura puente para convertirlo en símbolo y anclaje de esa unidad peninsular en tierra rioplatense.

Empero cuando el modelo de italianidad fundado en idioma y cultura comenzaba a dar muestras de agotamiento (Nascimbene 1987), el monumento se tradujo en recurso de afirmación de la propia nacionalidad italiana en territorio argentino. Un monumento es integrante del aparato simbólico identificador y Garibaldi se estaba convirtiendo, pese a las presiones, en un héroe popular de la nación italiana; su figura pasó a significar un elemento de unión de la colonia bajo el signo republicano-mazziniano.

De otra parte jugaba la pretensión colonialista peninsular que generó en el imaginario político local la posibilidad de una disputa de poder. De ahí la necesidad de esgrimir una doble estrategia para evitar conflictos con los italianos residentes, cediendo a su petición de un espacio para el emplazamiento de la estatua y a la vez, buscar su integración para salvaguardar la soberanía y la cohesión social. Justamente en términos de disyuntiva es planteado en el debate parlamentario: “¿No se han fijado los autores de este proyecto que ponen al congreso argentino en la más dura de las disyuntivas: negar la estatua, que se pretende debe concederse por eferencia, ó incurrir en una contradicción?”¹⁴ La “contradicción” a la que se alude era entre la defensa del orden constitucional y el apoyo a las conmociones de revolución; esto último representaba Garibaldi.

¹³ Se registraba una caída en el entusiasmo popular respecto al monumento: “la questione del monumento Garibaldi non sia più riuscita a interessare la grande maggioranza dei connazionali [...] tutti gli sforzi, tutti i tentativi –la stessa esposizione dei bozzetti al Politeama– non poterono rompere l’indifferenza pubblica. E una dimostrazione pratica di tale indifferenza sta in questo, che da due anni le somme raccolte pel Monumento sono sconsolatamente esigue. Parve, prima d’ora, che alla popolarità delle iniziative nuocesse la prevalenza nel Comitato e nella Giunta di forze dissolventi, che gli impulsi non partissero da chi raccoglie i maggiori suffragi della colonia (*L’Italia al Plata*, 29.09.1898).

¹⁴ Congreso de la Nación, Cámara de Diputados, sesión del 13.08.1897.

Con la apertura de un nuevo escenario político local y peninsular, el monumento representó la confraternidad entre italianos y argentinos y el aporte de la colonia a la historia nacional. Para el roquismo, la estatua funcionó como estrategia para la nueva política conciliatoria en relación con la comunidad e inaugural frente al pasado nacional reciente. El monumento fue tomado como una pacífica solución ante las pretensiones expansionistas italianas, para señalarles su lugar a los miembros de ese grupo y sentirlos incorporados a la vida nacional pues “necesitamos contrarrestar también la acción de los gobiernos que se empeñan en mantener vínculos de sujeción y de dominio más allá de sus fronteras” (Bertoni 1992: 92). En 1904 la idea de confraternidad, la integración y fraternidad inspirada por Garibaldi que pregonaban los discursos, pareció ser la dominante. A ello se adhirió Schiaffino que, con motivo del monumento a Colón, sostuvo que “las colectividades extranjeras se han compenetrado en la vida nacional argentina y contribuido con la República en las luchas militares para el afianzamiento de la nación. Así la colectividad italiana, la más numerosa de todas, ha erigido la efigie de Mazzini, el austero demócrata, la de Garibaldi, el popular caudillo, y ahora levante un glorioso monumento en honor de Cristóbal Colón descubridor de un mundo”.¹⁵

Una de las primeras intenciones fue significar la unión de republicanos y monárquicos. A esto se agregaba el arribo junto con los contingentes migratorios de otras corrientes ideológicas así como de grupos sin demasiado interés por continuar las tradiciones de su terruño, lo que significó también una baja en la afiliación mutua. Queda como conjetura si, más allá de la aparente conciliación, se pretendía restaurar la presencia de la desgastada posición mazziniana, teniendo en cuenta que la mayoría de las asociaciones respondían a la tendencia republicana, moderada o no. De otro lado la actitud conciliatoria se presentaba como una oportunidad para entrar en contacto con el poder local. La progresiva pérdida de influencia del sector político porteño con el cual se había vinculado se sumó a los embates en el campo de la representación y prestigio socioeconómico que involucraba la crítica situación de las escuelas italianas, baluartes en la transmisión de italianidad y en pleno declive por su situación económica y la política educativa nacionalista. Habría que agregar, en el terreno identitario, el *deseo* del inmigrante italiano urbano o de sus descendientes de ser asimilado por la sociedad receptora, como lo evidenciaba su creciente interés por las actividades de los centros criollistas. En suma, la situación que atravesaba la colectividad en torno al 900 convirtió al monumento en un recurso para instituir el reconocimiento de los aportes italianos a la nación. Detrás de los discursos sobre el héroe de dos mundos, el luchador en pos de la libertad, se hallaban la necesidad de replantear la italianidad, superando el concepto étnico-lingüístico y la incorporación de la idea de asimilación a la sociedad argentina. Garibaldi tornó en un concepto más abarcador de mayor alcance e inclusividad por encima de lo ideológico, regionalista, cultural y lingüístico. Para la dirigencia local, el monumento brindó la posibilidad de resolver la abrumadora presencia italiana, condimentando la construcción de la nacionalidad argentina a través de Garibaldi, una figura ahora edulcorada como resultado de la eliminación de los elementos revulsivos de su accionar revolucionario, y rescatando virtudes y valores asociados a la libertad y unidad de los pueblos. Mientras que la élite ita-

¹⁵ Eduardo Schiaffino, carta dirigida al director del diario *El Liberal* desde Sevilla en 1918. Biblioteca del Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Archivo Schiaffino, caja del período 1911-1918.

liana se abocó a cohesionar la representación del colectivo “italianos” dotándolo de una identidad y reinventando una tradición al recuperar selectivamente recursos de su pasado, el Estado argentino intentó reunir la dispersa identidad de sus habitantes a través de la creación de mecanismos identitarios. Tomó la figura de Garibaldi como extensión de una comunidad incorporada a la nación en tanto héroe positivo, autorizado —a través de debates parlamentarios, periodísticos y manifestaciones públicas— a ser aleccionador para los jóvenes.

Las implicancias nacionalistas del monumento operan asimismo en otros niveles. La obra escultórica, discursos y debates, ceremonias y desfiles en tanto exposiciones ambulantes que involucran a la ciudad toda en la comunión patriótica, participan del régimen visual de la modernidad: la forma exposición, su condición escenográfica y la dialéctica exhibición/ocultamiento. Encubriendo la polarización social, la virulencia urbana, las huelgas, las protestas y el desgaste de un sistema político se proclama la exhibición como proyección de un estado sólido. Restando aquellos aspectos incómodos del personaje —empero, ubicándolos en la escena pública a través de las discusiones en el Congreso y las crónicas periodísticas— el monumento participa del estímulo al comportamiento patriótico: es el monumento a otro héroe, instalado por encima del pasado bárbaro, un héroe que ha luchado por la libertad al igual que los demás héroes nacionales. También es el monumento aportado por un grupo extranjero que como otros inmigrantes se ha “compenetrado” en la vida nacional. Y puede ser pensado como partícipe del complejo exhibicionista propuesto por Bennet (1995): cada evento —piedra fundamental o la inauguración— da lugar a la colección, clasificación y exhibición de imágenes y objetos (medallas, publicaciones, postales, recuerdos de Garibaldi). El monumento fue también una puesta en escena moderna donde la perspectiva nacionalista podía hacerse visible.

Bibliografía

- A.A. V.V. (1990): *Imagen y recepción de la Revolución francesa en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Achugar, Hugo (2003): “El lugar de la memoria a propósito de monumentos”. En: Jelin, Elizabeth (ed.): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI, pp. 191-216.
- Agulhon, Maurice (1979): *Marianne au combat. L’imaginerie et la symbolique républicaines 1789 à 1880*. Paris: Flammarion.
- Alonso, Paula (1997): “En la primavera de la historia”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Tercera serie, n° 15, pp. 35-70.
- Andrews, George Reid (1989): *Los afroamericanos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Baczko, Bronislaw (1991): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bennet, Tony (1995): *The Birth of the Museum*. London: Routledge.
- Bertoni, Lilia Ana (1992): “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-91”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Tercera serie, n° 5, pp. 77-111.
- (2001): *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nación argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Binayán Carmona, Narciso (1980): “Pasado y permanencia en la negritud”. En: *Todo es Historia*, 62, pp. 66-72.
- Braslavsky, Cecilia (1992): *Los usos de la historia en la educación argentina con especial referencia a los libros de texto para las escuelas primarias 1853-1916*. Buenos Aires: FLACSO.
- Carretero, Mario/Rosa, Alberto/González, María Fernanda (2006): *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Cibotti, Ema (1994): “Periodismo político y política periodística. La construcción pública de una oposición italiana en el Buenos Aires finisecular”. En: *Entrepasados. Revista de historia*, 7, pp. 7-25.
- Cibotti, Ema; Sabato, Hilda (1990): “Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-80”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Tercera serie, n° 2, pp. 7-46.
- Clementi, Hebe (1984): *El miedo a la inmigración*. Buenos Aires: Leviatán.
- Cúneo, Nicolo (1940): *Storia dell’emigrazione italiana in Argentina (1810-1870)*. Milano: Garzanti.
- Devoto, Fernando (1989): “Los orígenes de un barrio italiano en Buenos Aires a mediados del siglo XIX”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Tercera serie, n° 1, pp. 93-115.
- (1991): *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*. Napoli: Edizione Scientifiche Italiane.
- Devoto, Fernando/Rosoli, Gianfausto (eds.) (1985): *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Dosio, Patricia Andrea (1998): “Política estatutaria y representatividad: el monumento a Falucho”. En: *Boletín del instituto de Teoría e Historia del Arte “Julio Emilio Payró”*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 9, pp. 93-107.
- Gutiérrez, Ramón/Berjman, Sonia (1995): *La Plaza de Mayo, escenario de la vida argentina*. Buenos Aires: Banco Boston.
- Favero, Luigi (1985): “Las escuelas de las sociedades italianas en la Argentina (1860-1914)”. En: Devoto, Fernando/Rosoli, Gianfausto (eds.): *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, pp. 165-207.
- Hobsbawm, Eric/Ranger, Terence (1997): *A invenção das tradições*. São Paulo: Paz e Terra.
- Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- (comp.) (2003): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- Llanes, Ricardo (1977): *Antiguas plazas de la ciudad de Buenos Aires*. (Cuadernos de Buenos Aires n° 48.). Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Memoria (1911): *Memoria de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Santa Fe, año 1911*. Santa Fe: Librería y Casa Editorial de Ramón Ibáñez.
- Mulhall, Michael George/Mulhall, Eduardo T. (1869): *Handbook of the River Plate*. Buenos Aires: Standard Printing Office.
- Nascimbene, Mario (1987): *Historia de los italianos en la Argentina 1835-1920*. Buenos Aires: Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos.
- Novotny, Fritz (1989): *Pintura y escultura en Europa 1780-1880*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ostuni, María (1985): “Inmigración política italiana y movimiento obrero argentino”. En: Devoto, Fernando/Rosoli, Gianfausto (eds.): *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, pp. 105-126.
- Petriella, Dionisio/Miatello, Sosa (1976): *Diccionario Biográfico Italo Argentino*. Buenos Aires: Dante Alighieri.

- Ramos, Jorge/Schávelzon, Daniel (1992): "El estanco de Rosas y el baño de Manuelita en Palermo". En: *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas"*, 28, pp. 85-97.
- Rosoli, Gianfausto (ed.) (1978): *Un secolo di emigrazione italiana: 1876-1976*. Roma: Centro Studi Emigrazione.
- Salvatore, Ricardo (1992): "Reclutamiento militar, disciplinamiento y proletariado en la era de Rosas". En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Tercera serie, n° 5, pp. 25-47.
- San Martín, Javier (1999): *Teoría de la cultura*. Madrid: Síntesis.
- Santaella, Eduardo (1972): *Esculturas de Buenos Aires*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Muñoz Hermanos.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1928): *Condición del extranjero en América*. Buenos Aires: La Facultad.
- Schwarzer, Jorge (1991): *Empresarios del pasado*. Buenos Aires: Colección Imago Mundi.
- Trelles, Manuel (1890): *Revista Patriótica del pasado argentino*, tomo III. Buenos Aires: Imprenta Moreno.
- Williams, Raymond (1980): *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Young, James (2000): "Cuando las piedras hablan". En: *Puentes*, I, 1, pp. 80-92.